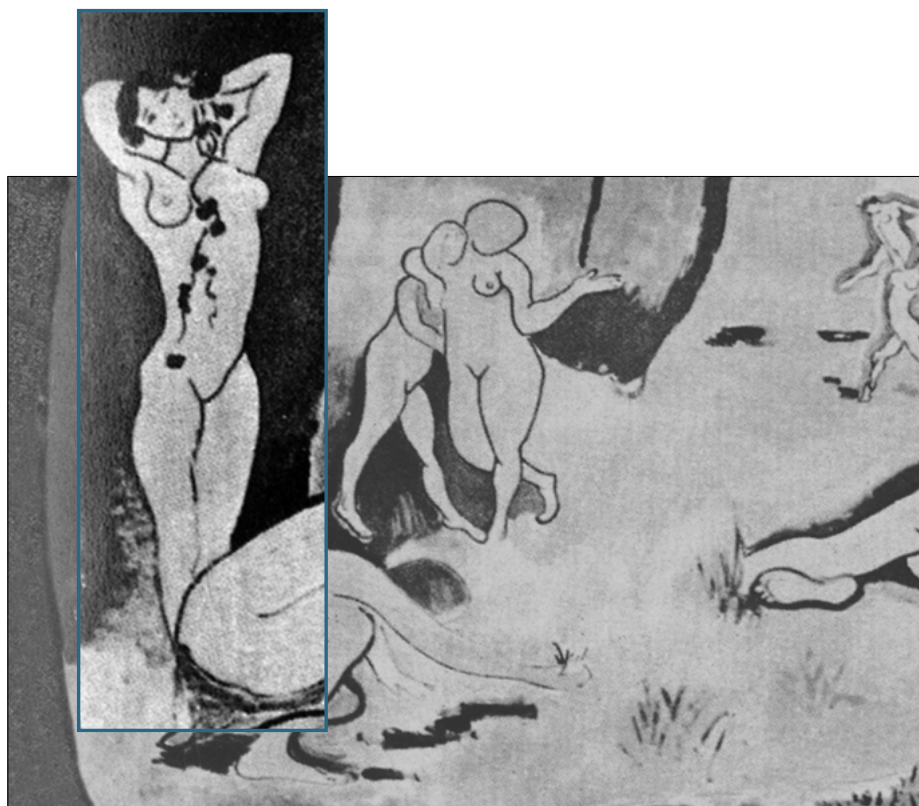


La novia de Matisse



Manuel Vicent

Madrid: Alfaguara, 2000, p. 237-258

Texto reproducido con autorización de la editorial Alfaguara, a quien agradecemos su desinteresada colaboración.

“El mundo de la pintura, de los marchantes, de los coleccionistas y ladrones de museos es un laberinto fascinante regido por el poder de la belleza que puede salvar o destruir a cualquier amante. La energía de una obra de arte nunca desaparece, sólo se transforma. ¿En qué cambiaría La Piedad de Miguel Ángel si en lugar de ser venerada en la basílica de San Pedro fuera admirada en el Louvre? Pero la belleza también arrastra maleficios, sobre todo cuando te obliga a vivir más allá de la propia seducción. Sobre el desnudo de la adolescente que contempla la danza en el cuadro La alegría de vivir, de Matisse, he elaborado la historia amorosa de una mujer cuyo destino consiste en unir la belleza, el placer y la inmortalidad en un instante feliz que está también al alcance de cualquier lector”.

(M. VICENT. Contraportada del libro)

Julia había colgado el desnudo de Matisse en un lugar bien visible desde la cama para poder contemplarlo durante la agonía. Lo hizo de forma inconsciente. Quería irse de este mundo con la retina impregnada de aquella imagen que expresaba tanta felicidad. Por su parte Míchel llevaba la cuenta atrás desde Nueva York. Si el desenlace se iba a producir a final de octubre, según había pronosticado la primera autoridad en la materia, tenía que estar preparado. De hecho ya había reservado su pasaje y el de Betina en Iberia para Madrid, pero Míchel antes había comprobado el

movimiento de su cuenta cifrada de Suiza. Luis había soltado el dinero, de modo que la energía de esa obra de Matisse, sin duda, también estaría ya funcionando.

En pleno abatimiento, recién llegada de Nueva York con la sentencia de muerte, Julia se había entregado al consuelo del psicólogo y profesor de yoga; en cambio a Luis se le veía cada día más nervioso. Su silencio era de piedra al volver a casa después de recorrer varias sucursales de bancos.

En sus visitas a la mansión de La Moraleja Carlos Alberto Pimentel imponía las manos a Julia por las tardes, cuando la luz amarotada del otoño se concentraba en el estanque de los nenúfares. Su filosofía se basaba en que esa agua putrefacta contenía un diamante, igual que sucede en la vida de muchas personas, pero el psicólogo no sabía que Julia iba a morir. Con las clases de yoga trataba de conseguir la concentración mental de su alumna frente a la pileta vertiendo en sus oídos palabras que parecían inmortales. No obstante, lejos de encontrar el punto inalterable de sí misma, Julia no cesaba de agitarse a caballo de las recientes emociones y su pensamiento iba desde el hospital Mount Sinai al apartamento de Prince Street, en una dura pelea entre el amor y la muerte.

- ¿Cómo es el anillo que duerme en el fondo del agua? – le preguntó el profesor de yoga.
- Es un brillante montado sobre una pequeña cobra.
- ¿En qué punto de tu cuerpo está enroscada esa serpiente? Respóndeme con los ojos cerrados – le susurró el profesor.
- Estoy sentada sobre ella – dijo Julia con el mentón en el pecho.
- Despiértala – le ordenó.

El psicólogo iba guiando a la serpiente que estaba dormida alrededor del coxis de Julia para que subiera por su columna vertebral. En la espiritualidad oriental esa serpiente se llama Kundalini y durante su ascensión por la médula va abriendo los espacios de la creación, del amor y del conocimiento a medida que pasa por el sexo, el corazón y la mente. Si logra llegar al centro del cerebro, entonces se produce la explosión de mil pétalos, algo que sólo alcanzan los muy iniciados. Para este ejercicio Julia no estaba preparada porque en medio de la meditación no podía evitar la imagen de Michel en sus brazos ni el rostro y las palabras terribles del doctor Brandon. La serpiente tenía que pasar por la cresta ilíaca de la mujer, y allí el profesor encontraba una dura resistencia.

- Me siento mal – dijo Julia de pronto.
- ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? – le preguntó el profesor.
- Tengo los ojos cerrados. No me saltan las lágrimas. ¿Cómo sabes que estoy llorando?

Mientras Julia entraba en una etapa de misticismo el nombre de Luis Bastos había comenzado a salir en un periódico sensacionalista mezclado con algunos escándalos políticos, pero él sólo era un empresario que nunca se había mezclado en la lucha de partidos. Primero fue la noticia del incumplimiento en la entrega de unas viviendas. Después un periodista insinuó que se había producido un desfalco en la inmobiliaria Bassa. Al final apareció el nombre de Luis Bastos acusado de estafa por el presidente de una asociación de damnificados. Para pagar los cincuenta millones del Matisse el marido de Julia no había dudado en malvender lo que quedaba de la empresa de exportación de tripas de res. Sin duda, cambiar el boceto del cuadro La alegría de vivir por los restos del negocio de ventresca de marrajo y de intestinos de ternera no era sino purificar la propia vida. Pero tal vez no era todo tan limpio porque a Luis se le veía luchar duramente con los financieros, y hubo un momento en que las llamadas de la prensa se superponían a los avisos que le mandaban los acreedores. La economía había sufrido una gran crisis desde la guerra del Golfo. También se habían acabado los fastos de la feria de las vanidades. Otros empresarios de su altura ya habían caído y, aunque no estaba dispuesto a rendirse, Luis comenzó a sentirse acosado por los periodistas y esto le disparó la paranoia.

Pese a estar a punto de morir, Julia se sentía más fuerte que su marido y trataba de sacarle de la depresión. La mística nace de la oscuridad. Desde el fondo de su desgracia Julia había hecho una síntesis serena del dolor con el placer del arte, pero esa tranquilidad a Luis lo ponía frenético.

- ¿Cómo puedes pasarte horas inmóvil frente a ese cuadro? ¿Qué ves él? ¿Por qué le sonríes como una tonta? ¿Le estás rezando? – le preguntó una mañana en la cama.
- La mirada de Antoinette cambia según la luz del día en la ventana – contestó Julia.
- Si tuvieras los problemas que tengo yo... – comenzó a quejarse Luis, pero se cortó de repente.
- ¿Problemas? ¿Sabes que me voy a morir muy pronto, tal vez dentro de unas semanas y hablas de tus problemas?
- Es verdad, es verdad perdona, cariño.
- Tienes que decirme qué pasa en tu despacho. ¿Es algo importante?
- No te preocupes.
- Acabas de pagar el Matisse. ¿De dónde has sacado el dinero? – preguntó Julia.
- Contempla el cuadro y no preguntes más, y si le rezas, hazlo también por mí – contestó Luis.

Cada uno se enfrentaba al destino de forma distinta. No hay nada tan grave en este mundo que no pueda olvidarse bebiendo. Luis había comenzado a emborracharse cada tarde. A veces llegaba a casa totalmente ebrio después de pasar por algunas barras. Había dejado a un lado el sexo. Ni siquiera le pedía a su mujer que le contara de nuevo su experiencia en la cama con Michel en Nueva York, cosa que hasta hacía poco tanto le divertía. En cambio la proximidad de la muerte había producido en el interior de Julia una melancolía tan mórbida que sus lágrimas eran las más dulces que había experimentado en su vida. A la caída de la tarde se ponía a escuchar música. La canción *I Love Paris*, cantada por Ella Fitzgerald, le hacía llorar de placer recordando los días felices.

Todo lo había reducido a la unidad, la pintura, la música, la luz del jardín, el perfume de los enebros mojados por la lluvia de otoño, las puestas de sol. Últimamente se dedicaba a clasificar crepúsculos, a analizar sus matices de laca en el cielo, y cuando por encima de su casa cruzaba un avión pensaba en su amante perdido que pronto regresaría a sus brazos. Se sabía a la perfección los horarios. El avión hacia Nueva York salía de Barajas a la hora del aperitivo y desde el jardín de La Moraleja lo veía volar a tan baja altura que podía leer la matrícula en las alas. El avión de Nueva York llegaba a Madrid a las siete y media de la mañana. Lo oía desde la cama, muy lejos, muchas veces lo adivinaba o sólo lo soñaba, pero sabía que en él llegaría Michel un día.

Una tarde, después de contemplar el desnudo de Matisse durante una hora entera, Julia se sorprendió al ver que una de sus úlceras sangrantes de la rodilla había desaparecido. Esta vez tuvo la sensación de que se había ido para siempre y no se reproduciría en otro lugar de su cuerpo. Estaba observándose las distintas laceraciones de las piernas cuando se acercó al porche Teófilo, el jardinero, para preguntarle una vez más si deseaba que vaciara la pileta.

- Déjela.
- Ya huele muy mal, señora. Son dos o tres años sin cambiar el agua. Vaya usted a saber lo que se habrá criado ahí dentro.
- Déjela, por favor. Tengo miedo.
- ¿Miedo? Al revés, señora. El agua estancada puede traer alguna enfermedad.

El jardinero le volvió a preguntar por su salud y se puso a trasquilar los enebros. De pronto, con las tijeras abiertas e inmovilizadas en el aire, dijo:

- Señora, se me había olvidado decirle lo mejor, que desde la semana pasada tenemos un médico en casa. Mi hijo pequeño se acaba de licenciar, pero conociendo lo loco que está cualquiera se pone en sus manos.
- Enhorabuena, Teófilo – dijo Julia.
- Ahora tiene que volver a examinarse para trabajar en un hospital. Quieren poner una consulta entre varios amigos. A ver si lo consiguen. Todo está muy mal para los jóvenes. Imagínese.

En la última semana de octubre la convulsión en el alma de Julia no era comparable con la tormenta que se había desatado en torno a los negocios de Luis Bastos. La mujer había aceptado la muerte con toda dulzura;

en cambio el marido no podía soportar la ruina. Su nombre salía casi a diario en la prensa o en los comentarios malévolos de las radios, pero nadie hacía referencia a su colección de pintura. El problema económico de sus empresas, aparte de la crisis mundial del petróleo, era debido precisamente a la locura del arte, que había descapitalizado sus negocios hasta el punto de que en casa tenía algunos miles de millones invertidos y para ese capricho había tenido que incumplir contratos y reconocer varios fallidos en los bancos. Su situación era de quiebra técnica, pero si sus acreedores hubieran sabido el caudal de arte que guardaba en las paredes y en el sótano de casa tal vez habrían aplazado la decisión de llevarlo a los tribunales.

Aunque por ese lado tampoco tenía una salida clara. Gran parte de esos cuadros y esculturas la compró con dinero negro. Si la hubiera dado en aval, tal vez Hacienda le habría hecho algunas preguntas desagradables. Pero existía algo más grave. La crisis del petróleo estaba hundiendo también el negocio del arte, paralizando sobre todo la frenética especulación que se produjo a finales de los años ochenta. Tal vez la compra del desnudo de Matisse fue la última que se había realizado bajo aquella furiosa pasión. Ahora muchas de aquellas obras no valían ni la mitad de lo que le costaron.

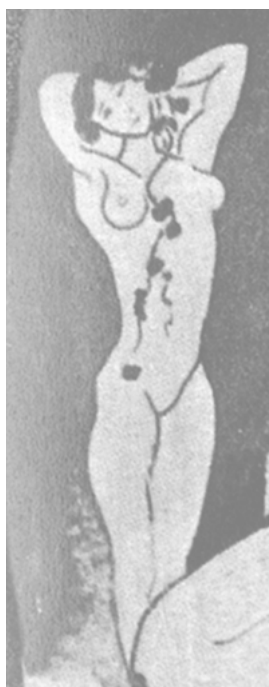
En Nueva York las subastas decidieron bajar los precios de salida y las galerías comenzaron a reconocer la falta de clientes. Michel y Betina eran conscientes de esta caída, pero hasta ellos aún no habían llegado noticias del escándalo financiero de Luis Bastos. Cuando hablaban de sus amigos sólo hacían referencia a la enfermedad de Julia, y como se acercaba la fecha fatídica esperaban tener en cualquier momento un aviso urgente para salir hacia Madrid.

La terrible noticia se produjo cuando los dos asistían a una fiesta que daba el pintor español Álex Soler, en el lujoso apartamento de la Calle 59 con Madison, para celebrar la venta millonaria de unos cuadros a un tipo de Venezuela que no estaba enterado todavía de la crisis y al que el dinero le quemaba en las manos. En la reunión había gente de la colonia española en Nueva York, profesionales, periodistas, artistas y funcionarios del Instituto Cervantes. Cuando Betina se levantó a servirse otra copa oyó de pasada que uno de los corresponsales de un diario de Madrid hablaba del empresario Luis Bastos. Se detuvo un momento porque no daba crédito a lo que oía.

- ¿Qué dices que le ha pasado a Luis? – preguntó Betina.
- Se ha pegado un tiro o se lo han pegado. No se sabe. ¿Le conocías?
- ¿Pero qué estás diciendo?
- Sí, que el empresario Luis Bastos ha aparecido muerto. ¡No sería amigo tuyo! – exclamó el periodista.

Betina volvió consternada al sofá donde se estaba hablando de banalidades neoyorquinas. Cuando comenzó a contarle la tragedia, Michel pensó que Julia finalmente había caído, que la historia había terminado. Puso su rostro entre las manos y así oyó que Betina le decía que no era Julia sino Luis quien había muerto. No se sabía más detalles.

- ¡Habría sido un suicidio!
- No creo – contestó Michel.
- Podría ser una venganza – insistió Betina.
- No sé. Desde luego estaba metido en demasiados líos.
- Lo más seguro es que se haya quitado de en medio.
- Ningún coleccionista se suicida. Es un viejo principio. No creo que haya fallado esta vez – dijo el marchante.



Cuando llegó a su estudio de Prince Street en el teléfono parpadeaba la luz de los mensajes. Michel pulsó el botón y sólo pudo oír unos sollozos mezclados con una frase entrecortada que no se entendía, aunque sin duda se reconocía la voz de Julia. En España aún no había amanecido, pero Michel decidió llamarla. En la casa de La Moraleja no contestó nadie.

Michel Vedrano llegó a Madrid tres días después y algunos periódicos hablaban todavía del caso del empresario Luis Bastos. El marchante ya sabía todos los detalles de la muerte, excepto la versión de Julia. Por lo que había leído, Luis Bastos recibió un tiro en la cabeza con un arma de coleccionista. Cuando llegó la policía junto al cadáver aún estaba colgada del gatillo una cartulina donde se podía leer: "Bellísimo revólver, sistema a broche, disparador plegable, fuego anular, profundos grabados florales en el tambor. Precio de salida: 100.000 pesetas". Ese revólver lo guardaba Luis en una vitrina del comedor desde que lo compró en una subasta. Ahora en el tambor había unas huellas dactilares que pertenecían a Julia y no las había borrado la sangre.

Durante su interrogatorio Julia le dijo al comisario que el disparo sonó a las seis de la tarde. En ese momento se encontraba sola en casa porque una de las criadas libraba y la otra había ido a echar una carta al correo. Estaba escuchando música en el porche cuando se oyó el tiro. Entró corriendo en el dormitorio, vio a Luis en el suelo en medio de un charco de sangre y de forma instintiva le quitó el revólver que tenía en la mano derecha. La investigación se complicó porque el cadáver presentaba el orificio de entrada por la sien izquierda. ¿Cómo puede dispararse uno a sí mismo a contramano?

La policía preguntó también a las criadas. Ninguna confesó las disputas violentas que hubo entre la pareja los últimos días. En efecto, el matrimonio discutía mucho, pero era siempre sobre cosas de arte, dijo una de ellas. A pesar de que las huellas de Julia estaban en el revólver y de cierta contradicción en el testimonio de las sirvientas, desde el principio se tomó por buena la hipótesis del suicidio, dado el escándalo de la inmobiliaria y las dificultades económicas por las que estaba pasando el empresario. La sospecha sobre Julia se descartó en cuanto ella dijo que tenía una coartada irrefutable:

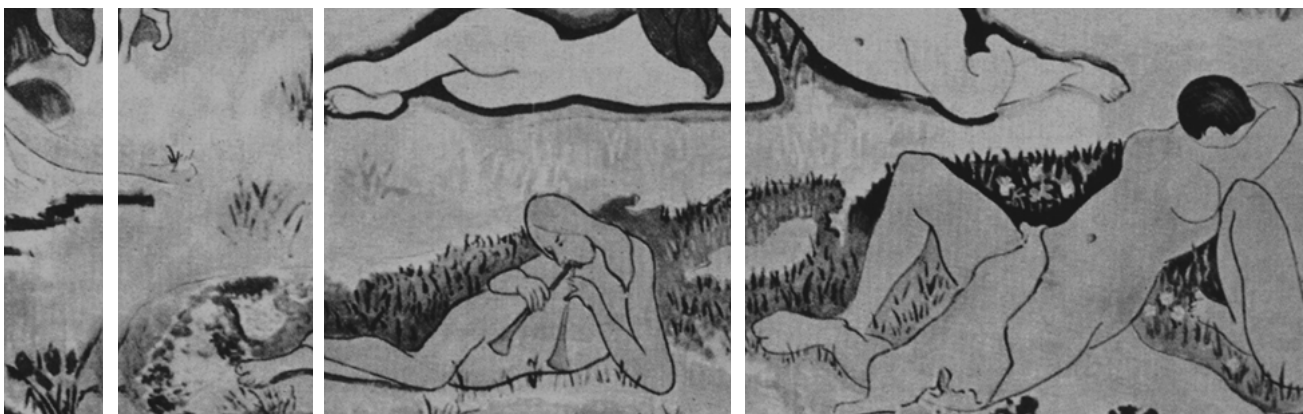
- A ver – aceptó el comisario.
- Lea este papel – dijo Julia ofreciéndole un sobre abierto.
- ¿Es la carta de su marido al juez?
- No. Es la mía. Mi confesión.
- Esto es terrible, señora – comentó el comisario mientras leía el informe del doctor Brandon, del hospital Mount Sinai.
- Me voy a morir dentro de unos días. ¿No es suficiente coartada?
- Sin duda lo es, señora. ¿Por cierto, qué música escuchaba usted cuando sonó el disparo?
- Una balada de John Coltrane. ¿Lo conoce?
- No sé quién es.
- Incluso puedo describirle cómo era el crepúsculo esa tarde – añadió Julia.
- ¿También colecciona usted puestas de sol? – preguntó el comisario.
- Sobre la sierra había unos nimbos muy rojos que proyectaban una luz entre azul y violeta con matices de malva hacia el fondo del horizonte. ¿Sirve esto para librarme de toda sospecha? – preguntó Julia con ironía.
- Supongo que sí. Aunque el arte puede deformar la sensibilidad de algunas personas. Si no recuerdo mal esta tarde yo llevaba paraguas porque estaba lloviendo – comentó de pasada el comisario.
- No es cierto. Recuérdelo bien – exclamó Julia –. La montaña tenía una luz morada y rosa dentro de la gama de un cuadro de Monet. ¿Conoce usted a Monet?
- No
- ¿Tampoco a Matisse? – Ése ya me suena más. He visto que tiene usted un cuadro en su dormitorio. Me he fijado en ese desnudo – comentó el comisario.
- Sólo por él se puede matar – dijo Julia.

Hacía varios días que el cadáver del coleccionista, después de pasar el examen del forense, había sido incinerado. Luego se celebró el funeral en una iglesia del barrio de Salamanca y entre familiares, allegados y amigos incondicionales no llegaban a la cuarta parte de cuantos asistieron a la fiesta de presentación de la cabeza de

Picasso. Estaba Betina, el profesor de yoga, el jardinero Teófilo con su hijo médico, las dos criadas marroquíes y algunos empleados que le fueron fieles hasta el final. También apareció luciendo barba de bohemio Alvarito Ayuso, que, llevado por el corazón, le había concedido el último crédito al muerto, y ésa fue la gota que colmó el vaso, por eso lo acabarían echando del banco. Al lado de Julia permanecía Michel de pie en la primera línea del duelo. No acudieron a la iglesia los artistas, políticos, financieros y críticos de arte que le acompañaban en los días de gloria. En la última fila estaban unos chamarileros que había traído su viejo colega el marchante, y en la pila del agua bendita Beppo apoyaba sus huesos con la misma postura que exhibía en la barra de la taberna Gayango.

Terminadas las exequias el duelo salió de la iglesia en dirección a la primera cafetería que encontró Michel con capacidad para que todos tomaran cómodamente un chocolate. Desde su llegada a Madrid la viuda del empresario no se había intercambiado con Michel ningún mensaje salvo algunas miradas de complicidad durante el funeral, pero ahora se habían sentado juntos en la cafetería y mientras los demás hablaban de lo rico que estaba el chocolate Julia le dijo a su amigo en tono confidencial:

- Luis quería vender los cuadros para pagar deudas.
- Ya imagino – comentó Michel.
- No se podía consentir. Comprendo que estaba desesperado, pero sucedió lo inevitable – murmuró Julia muy entera.
- Hoy esos cuadros valen una fortuna. Manténlos en secreto.
- ¿Está tan mal el mercado como dicen? – preguntó Julia.
- No importa. Guárdalos bajo llave. Que no se entere nadie. El mercado nunca está mal para las grandes piezas. Siempre hay millonarios locos o enamorados – dijo Michel.
- No había forma de que Luis comprendiera una cosa tan simple.
- Qué cosa.
- Que yo estaba dispuesta a todo con tal de que ese Matisse no desapareciera de mi vida.
- ¿Cómo llevas la salud?
- Desde que sé que ese desnudo es mío me siento con más fuerzas que nunca. No me encontraba así desde hace años.
- Tendrás que contarme qué pasó aquella tarde mientras sonaba el saxo de John Coltrane.
- Algún día, algún día – murmuró Julia.



Esta conversación la llevaron a cabo los amantes a media voz dentro de un estruendo de tazas y cucharillas, pero mientras los demás tomaban chocolate en un círculo que abarcaba tres mesas, Beppo bebía vino y observaba atentamente a Julia. De pronto se levantó, se acercó a ella y le dijo:

- Tienes que vestirme de putita si quieres parecerte a ella.
- ¿Cómo? – se sorprendió Julia.
- Vedrano me ha dicho que tienes uno de esos bocetos de Matisse.
- Sí.
- Me gustaría verlo.

- Venga a casa cuando quiera. Mañana.
- Estarías muy bien si vistieras con encajes y usaras ligueros rojos y te pusieras flores en el pelo – añadió Beppo haciendo un mohín con su gran mandíbula.

Alrededor del chocolate se produjeron otras grandes noticias después del funeral. Alvarito Ayuso insinuó a Betina que las hamburguesas de Nueva York la habían engordado mucho y ella contestó que no eran las hamburguesas ni la comida basura sino su novio Nelson, que la había preñado. Nadie la tomó en serio. Betina tampoco quiso sacar de dudas a Alvarito cuando éste le preguntó si ya lo sabía su padre y si su novio iba a heredar el puesto de consejero en el banco. Y por otro lado estaba el hijo de Teófilo, el jardinero, un joven de veintidós años, que acababa de encontrar el primer trabajo de médico en un laboratorio de análisis clínicos donde iba a hacer una sustitución a un colega que se había ido a un congreso. Lo habían contratado de prueba para un mes. Después de una agobiante insistencia de Teófilo y sólo para complacerle, Julia había consentido en dar una oportunidad al muchacho sometiéndose a unos análisis de orina y de sangre, muestras que el recién licenciado le tomó en casa. Frente a la taza de chocolate el joven doctor le dijo que

esperaba tener los resultados mañana. Él mismo se los llevaría a La Moraleja. Y al final de la sesión de chocolate algunos allegados quedaron en reunirse en la mansión de Julia para que Beppo pudiera ver el dibujo de Matisse.

– Sí, es ella – sentenció Beppo ante el dibujo –. Le sienta muy bien esta luz. Las tardes de octubre en Madrid son divinas.

– ¿La recuerdas todavía? – preguntó Michel.

– Es Antoinette, sin duda alguna. Este mismo dibujo estuvo clavado en el armario de nuestro estudio en París. Pasó la Guerra Mundial en nuestra buhardilla. ¿Veis? Todavía se nota la señal de las chinchetas. Era una putita.

Antes de salir del dormitorio Julia señaló un punto en el suelo y dijo

– Fue aquí.

– Olvídalo – exclamó Michel.

– ¿Aquí cayó tu marido? – preguntó Beppo.

– Al pie de este mueble se quedó con los ojos abiertos mirando hacia el cuadro. Nunca más podré dormir en esta habitación. He trasladado mis cosas al cuarto de invitados.

Cuando salieron al porche otros amigos seguían sentados frente a unas bebidas contemplando la puesta de sol. Había un color violeta intenso sobre el perfil de la sierra, con esa tonalidad que utilizan los pintores para expresar una sombra melancólica. En ese momento se detuvo una moto ante la cancela y en seguida sonó la campanilla. Era Adrián, el hijo del jardinero.

- Aquí está. Mi primer trabajo como médico – dijo mientras se acercaba a la reunión mostrando un sobre.
- Otra vez los jodidos análisis – pensó Michel.
- Dámelos – dijo Julia.
- El informe lo he escrito yo después de consultar con un colega.
- Pero, muchacho, ¿tú sabes algo de medicina? – preguntó Julia.



- Han salido bien. Todo normal. Según la opinión de mi compañero resulta que has tenido un desorden en la sangre, pero todos los índices de hematíes, plaquetas y leucocitos están ya en regla.
- ¿Quién es ese médico amigo tuyo? – preguntaron a la vez Julia, Michel y Betina.
- Es un chico pakistaní muy majo que está también de prácticas en el laboratorio.

Julia se quedó con la mirada perdida en el horizonte. La luz de otoño era muy lívida. Todos los que estaban en el secreto bebieron en silencio. Beppo miraba a Julia. El profesor de yoga también la miraba. Cuando Julia volvió en sí, sonrió a todos y en seguida llamó al jardinero.

- Teófilo, creo que es el momento de vaciar el estanque.
- Ya era hora, señora.
- ¿Estás segura de que quieres hacerlo? – preguntó Carlos Alberto Pimentel.
- Sí.

El jardinero conectó una pequeña bomba de achique y al instante se vio bajar el nivel del agua podrida que iba descubriendo los tallos de los nenúfares. Todo el detritus salía por la boca de una manguera en el fondo del jardín. Cuando la pileta se agotó, algunas arañas quedaron desamparadas y buscaron refugio entre las grietas de la rocalla. Julia estaba de pie ensimismada observando el trabajo. Esperaba que de un momento a otro brillara el anillo entre las raíces acuáticas, pero eso no sucedió. Julia insistió en que la poceta debía quedar absolutamente limpia para examinar cada entresijo antes de verter agua nueva.

- ¿Busca algo en especial? – preguntó el jardinero.
- Hace años se me cayó aquí dentro un anillo de oro y brillantes – dijo Julia.
- Ese material no se descompone. Si aquí estaba, aquí seguirá.

Todo el estanque fue analizado en cada centímetro cuadrado, todo el detritus fue filtrado meticulosamente, todas las hojas y tallos de los nenúfares fueron repasados por el jardinero con las manos. El anillo no apareció. Los invitados rodearon el estanque.

- No quiero ponerme trascendente – dijo el profesor de yoga.
- Suéltalo – pidió Michel.
- Tal vez ese anillo con la cobra sólo existía en la imaginación de Julia y finalmente lo ha interiorizado. Ahora el diamante es ella misma – explicó Carlos Alberto Pimentel.
- Eso son idioteces de psicólogos – rezongó Beppo.
- ¿Cómo pudo desaparecer esa joya si nadie la ha tocado? – preguntó Betina.
- No sé qué pensar – murmuró Julia -. Durante años esa cobra me ha dado fortaleza. Será que ya no la necesito.
- ¿Puedo echar ya agua nueva? – preguntó Teófilo con la manguera en la mano.
- Sí – dijo Julia.

Cuando esa noche Michel Vedrano y Julia quedaron a solas en la casa se dedicaron a beber con parsimonia y a recordar todo lo que había pasado desde que se conocieron. Cada cuadro colgado en el salón les recordaba un episodio común en sus vidas y tal vez no había un nudo más fuerte. Algunas obras estaban ligadas al simple interés, otras les transmitían sentimientos de amor; una memoria de placer o la angustia de la muerte. Julia había crecido por dentro a medida que el arte se le fue revelando y ya no podía entender nada del mundo sin esa emoción de la belleza.